

*Menchu Gutiérrez*

**Decir la nieve**

El Ojo del Tiempo Ediciones Siruela

## Prólogo

Hace algún tiempo, invitada a participar en un ciclo de conferencias dedicado a las imágenes y los espacios de la literatura, elegí la nieve como tema de mi intervención. La idea surgió de manera instantánea, al igual que estas palabras que escribí hace muchos años en un cuaderno y que, nada más comenzar a pensar en el porqué de mi elección, me vinieron a la memoria: «Con hilo rojo / la mujer de luto / bordaba rosas en la nieve».

Debo confesar que todavía no sé si imaginé esta escena, si la soñé, quién o qué parte desconocida de mí escribió esa frase. Sólo tengo la intuición de que, de algún modo, todo lo que escribo está íntimamente relacionado con lo que sé y no sé de ella: sobre el silencio, la idea del tiempo fugitivo, la muerte, la herida y la belleza.

Convencida de que la mejor forma de comunicar algo es a través de la emoción, para escribir sobre la

nieve y sus metáforas me ayudé de mi propia experiencia y de la de otros escritores y poetas para quienes la nieve no es o ha sido un mero escenario literario, sino materia misma de la escritura.

Si es cierto que disfruté mucho con la preparación de esa conferencia, no lo es menos que las inevitables limitaciones de tiempo que exige una lectura me obligaron a dejar fuera numerosos fragmentos e ideas asociadas a la nieve importantes para mí, y de las que me costó mucho desprenderme. Como resultado, esa frustración se instaló en mí con intención de quedarse hasta que, hace algunos meses, decidí reabrir «el caso» nunca cerrado de la nieve y hacer justicia a esa memoria hasta donde me fuera posible.

Este texto desea continuar en esa estela de las emociones de la que acabo de hablar, y que me hace pensar en este fragmento del «Poema sin Héroe» de Anna Ajmátova:

Como es escaso el papel  
escribo en tu cuaderno.  
Ajena, me llega la palabra  
e igual que un copo de entonces,  
se funde en mi mano, confiada, la nieve.

Con esa misma clase de confianza, y para no lastrar la lectura del texto, las traducciones que he utilizado en las citas de algunos autores se recogen al final del texto en una sola nota –cuando no se hace así es porque las versiones son mías–, al igual que el fragmento de uno

de mis libros, cuya fuente, por idéntico deseo de ligereza, aparece citada en esa misma nota final.

Existen multitud de lecturas de la nieve: ésta es una de las muchas posibles.

**Menchu Gutiérrez**

En mitad de la vida  
En mitad de la muerte  
Incesante, la nieve.

Taneda Santóka

Y en la única ventana,  
nieve, nieve, nieve.

Marina Tsvetáieva

Hace mucho frío, un frío de naturaleza afilada, cortante. Movidado por el viento, un finísimo bisturí de hielo nos marca la cara con una filigrana. De pronto, el viento cesa; si antes estaba concentrado, el frío ahora parece expandirse, esponjarse. Es como si esta clase de frío fuera bálsamo del frío anterior, el que nos hería. La lluvia enmascarada en el viento vive una repentina transformación y pierde peso; la cortina de aguanieve dura sólo unos instantes, los suficientes, sin embargo, para generar en nosotros una gran inquietud. Nos preguntamos: ¿qué va a suceder?, ¿se producirá el milagro?, ¿se completará la metamorfosis?

El nacimiento de la nieve es una operación mágica: lo que hace un instante eran diminutos dardos de hielo, ahora parecen pétalos de seda fría que cayeran sobre nosotros bendiciéndonos. ¿Seda fría? Decimos que la aparición de la nieve «templa» el aire. Y lo cierto es que, si prestamos atención, advertimos que un extraño calor, un calor extranjero, se abre paso en medio del

frío: éste es el primer milagro, el primer acto de magia operado por la nieve. Su llegada ha creado una especie de paréntesis de la temperatura... Porque este frío parece fantasma del frío real que lo precedía; parece haber cedido espacio, hablar desde otro lugar, desde lejos.

Llega la nieve. Primero, en forma de lenta colonización del espacio; pronto, la suma de todos esos fragmentos empieza a cubrir la tierra, los tejados, las ramas de los árboles. Rogamos en nuestro interior que no se detenga, que siga nevando y no haya vuelta atrás.

La nieve borra una realidad e instaaura otra. El mundo conocido queda sepultado bajo el manto blanco y, sin dejar de ser, se vuelve invisible. De algún modo, la nieve pone a dormir una parte de nosotros y despierta otra. La vigilia queda abajo, y ahora caminamos por el territorio del sueño. ¿O quizá sea al revés? Imposible saberlo, o al menos en el mundo de la imaginación literaria.

Me gustaría comenzar así este viaje hacia la nieve, apelando a esa íntima relación que existe entre magia y creación.

Desde el interior de una casa, alguien mira el jardín nevado a través de una ventana cerrada. En la pantalla gris siguen cayendo copos de nieve, formando una cortina sin peso. Si el espectador abriera la ventana, extendiera el brazo e introdujera la mano en la pantalla gris, podría extraer de ella un pañuelo blanco.

Me pregunto si de alguna forma el poeta René Char no está abriendo esa ventana a la magia cuando escribe esta frase, tan bella como enigmática: «Amigos, la nie-

ve está esperando a la nieve para un trabajo sencillo y puro en el límite entre el aire y la tierra».

Dice Char que se trata de un trabajo sencillo y puro: no es un truco de magia, *es* la magia.

Diríamos que esa misma clase de magia natural –la de la nieve que sale al encuentro de la nieve– es la que preside también el comienzo del cuento «Blancanieves» de los hermanos Grimm:

Era un frío día de invierno, y los copos de nieve caían del cielo como plumas blancas. La reina cosía junto al alféizar de una ventana, cuyo marco era de ébano. Y como de vez en cuando se distraía de su labor para ver caer los copos, con la aguja se pinchó un dedo, y tres gotas de sangre fueron a caer sobre la nieve. El rojo de la sangre destacaba de forma tan bella sobre el fondo blanco, que la reina pensó: «¡Ah, si pudiera tener una hija que fuese blanca como la nieve, roja como la sangre y negra como el ébano de esta ventana!». No mucho tiempo después tuvo una niña de piel tan blanca como la nieve, de labios tan rojos como la sangre y de cabellos tan negros como el ébano; y por eso le pusieron de nombre Blancanieves. Pero al nacer la niña, la reina murió.

La placidez que transmiten los copos de nieve que caen blandamente, como plumas blancas, y el ensimismamiento de la reina ante el campo nevado que es



también su bastidor, se ven de pronto rotos por el breve pero agudo dolor del pinchazo. Se diría que, al ver las gotas de sangre sobre la nieve, la reina despierta de un sueño.

La escena nos hace recordar la Anunciación de la Virgen, y creer que los copos de nieve que caen son las palabras del ángel anunciador. La concepción de la reina parece un suceso que aconteciera solamente entre ella y la nieve, que excluyera cualquier otra intervención. Así, las pequeñas gotas de sangre semejan las semillas vivas de su deseo que cunde en la nieve, que la fertiliza; y sentimos que la niña nace directamente de la nieve, que Blancanieves es hija misma de este elemento. Por eso, tal vez, la reina, que ha dado su sangre en sacrificio, deba morir al nacer la niña.

La poesía de este cuento maravilloso hace que esta interpretación sea una de las miles que pueden extraerse de la máxima intimidad de la escena, y en la cual, casi podemos escuchar la respiración de la reina mientras cose, absorbida por el silencio de la nieve.

«Cruje / en los ojos la nieve como un pan limpio, inocente», escribe el poeta ruso Osip Mandelstam.

La nieve lleva a cabo una tarea de desinfección de la tierra: lava todo lo oscuro, todo lo penoso, todo lo pesado que hay en ella, y al convertirse en espejo, nos contagia. Por simpatía con la nieve llevamos a cabo nuestra propia tarea de purificación. Podríamos decir que imitamos el ritual de la tierra.